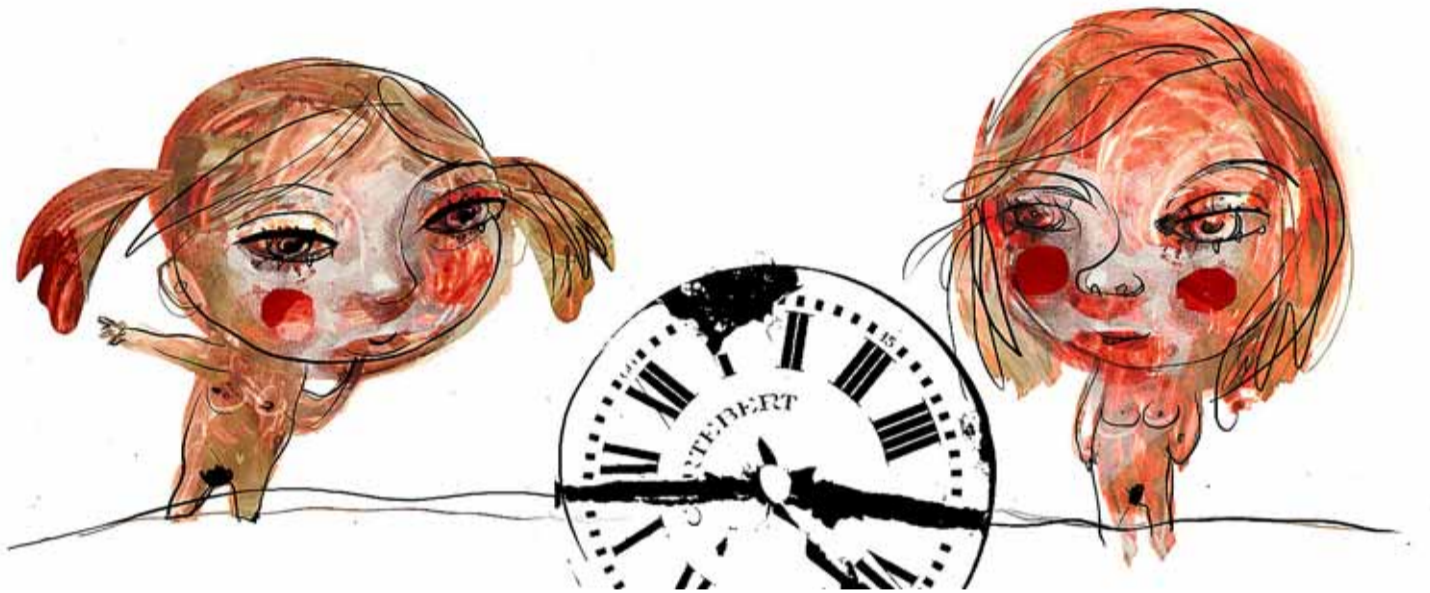


● MI PRIMERA VEZ

Hay situaciones, circunstancias en la vida, de las que es imposible escapar. Hay destinos unidos para siempre, existencias paralelas sólo separadas por un golpe de carácter, por una forma distinta de suspirar

Delante, y siempre detrás

Por Almudena Solana



RAÚL ARIAS

Nacimos con cinco minutos de diferencia. Pronto debí estorbar porque me tomaron de una pierna y, en volandas, aterricé en una higiénica encimera del paritorio como si fuera un calamar

escurridizo elevado al mostrador de la pescadería. El caso es que había que hacer hueco a mi hermana, que llegaba después que yo. A ella la alojaron ya sin prisa en el flácido lugar donde, minutos antes, yo había recibido mi primer cachete de bienvenida a la vida. Lo sé porque un día me lo contó mi madre, así, tal cual, orientando sus dientes más inofensivos hacia el zurcido de un calcetín.

– Te quitaron de en medio, hija.

Desde entonces y, tal vez generalizando, siempre he sabido que para mí estaban reservadas las cosas duras, como la encimera secundaria del paritorio, mientras mi hermana acapararía las blandas atenciones. No importa, tengo tan asumido mi sitio como el saber que mis uñas siempre se rompen después de dos lunas. Tal vez por eso nunca nos hemos llevado mal.

Mi madre nos vestía igual y con las mismas trenzas peinadas hacia arriba. Ni siquiera eso nos molestaba porque, lo cierto es que éramos tan distintas de carácter que esas coincidencias nos resultaban insignificantes. Fueron los amigos del colegio los que comprobaron que, a pesar de ser gemelas idénticas, eran realmente nuestros suspiros internos los que nos diferenciaban.

En esos años en que Tino Casal salía a cantar en la tele con una estola de leopardo, nuestra vida se anticipaba con naturalidad dentro de las complicaciones. Lo cierto es que, al avanzar los cursos de BUP fui yo quien aceptaba peor el férreo sujetador que, sin duda, necesitábamos las dos (y en talla considerable) aunque a veces yo, como una forma de rebeldía oculta, lo cambiaba por una triple camiseta interior. Sin embargo, todo seguía bien delimitado en las fronteras que marcaban lo blando y lo

duro en el mundo del exterior: mientras mi hermana jugueteaba con algún amigo a meter el dedo en la taza con chocolate fundido yo disfrutaba a mordiscos mi tableta de 500 gramos de puro chocolate negro a la taza. Cuando a ella le sacaban a bailar y acunaba sus brazos en los hombros de su acompañante, yo disparaba goles a puerta sujetando con firmeza ambas manos en los mandos del fútbolín.

Mi primer amor fue genérico: una manada de jugadores de hierro obedeciendo las órdenes de mis manos. Creo que jugando al fútbolín aprendí a tratar a los hombres; sin embargo, aun tardó en llegar la primera vez.

No sé cómo pude acceder a él si no le conocía de nada. «Ven», me dijo, y mis zapatos del 38, mi cuerpo de 17 años, mis trenzas y toda yo, dejaron a mi hermana atrás.

Me fui con el sujetador en las manos buscando una encimera de la cocina donde sentarme en casa a esperar

Las dos curioseábamos siempre por las casas abandonadas de aquí y de allá. En las paredes de algunas se leía: «Prohibido fijar carteles, responsable la empresa anunciadora», una frase que, de niña, me tenía sumida en una espiral de sorpresa ante un mundo contradictorio. Con ese cartel, que ejercía en sí mismo lo que prohibía, descubrí, sin saberlo, a Kundera y a García Márquez. Pero volvamos a la casa de mi otra prohibición.

– Ven, dijo. Y me extendió la mano.

Era un portalón que parecía un cobertizo. Un lugar que, pese a estar a pie de calle gozaba de bastante intimidad. Al dar un paso al frente vi cómo él se quitó un jersey grueso de lana que dejó al descubierto un pantalón y una camisa con unos tirantes llenos de banderas del mundo. Aquello, más que todo, me pareció el trasatlántico de la libertad.

No pensé en su edad. Su cuerpo, sus ademanes, todo él, tenía la ternura de los galanes sin suerte. Sus manos eran gruesas, muy grandes, sin embargo, trabajaron con delicadeza haciendo un nido de cigüeña con nuestras ropas a esa misma hora de la mañana en la que se aireaban las sábanas en las ventanas de la ciudad. Cuando estábamos acunados en el rincón sentí el calor de lo blando y la contundencia de lo grueso, todo a la vez. Creo que en ese momento, agitándome junto a él, la vida volvió a romper aguas ante mí. O, al menos, eso pensaba.

Sin embargo, algo precipitó un final apenas unos minutos después de nuestro final. Tal vez un ruido, un acecho, un guijarro que cayó. Al salir de manera precipitada vi entrar a mi hermana con la naturalidad de un segundo número en la misma función. Yo, atónita, no me quedé a esperar. Me fui con el sujetador en las manos buscando una encimera de la cocina donde sentarme en casa a esperar. Ese día de mañana, no sólo yo volví a nacer sino que, lamentablemente, lo hice de la misma manera: con una hermana detrás viviendo lo mismo que yo simplemente siete minutos después.

Mañana:

Nicolás Casariego

● LA BEBIDA...

BLUE BLAZER

Para soportar los duros inviernos

● Por Xavier Agulló

Amigos, estamos ante uno de los pioneros del arte de la coctelería, surgida en el siglo XVIII. El *blue blazer*, por cierto, fue mezclado en 1849 por Jerry Thomas el profesor, que atendía en El Dorado Saloon de San Francisco.

El tipo, que recorrió medio mundo dando clases magistrales con el alcohol como monotema, acabó siendo el barman más famoso –e incluso legendario– de su generación. Recorrió el salvaje Oeste, el cálido Sur, América Central, Inglaterra, Francia... Fue también el autor del primer tratado de coctelería, pertinentemente titulado *The bon vivant's companion* (el compañero del vividor), en 1960, que fue la Biblia para todos los *bartenders* de la época. Entenderéis, dada la época en la que vivió (Jesse James fue contemporáneo suyo), que el *cocktail* sea más raro que una calentura.

Porque, flipa, es un *cocktail* de invierno, para días muy fríos, y nuestro héroe jamás lo sirvió si la temperatura excedía de los 10°. Por cierto, incluso el general y luego presidente Ulysses Grant se quedó impresionado con Thomas y sus manejos cocteleros. Debido a la alta temperatura que tiene el líquido, es conveniente servirlo en un recipiente resistente al calor para evitar quemaduras. Y, bueno, no sé si acaba de colar para una noche de verano español; pero, ¿a que mola?



PEMPER

Blue Blazer del Bar Ideal (Aribau, 89, Barcelona): 1 cucharada de miel (originalmente, azúcar), 1 cucharada de zumo de limón (originalmente, piel de limón), $\frac{3}{4}$ de whisky, $\frac{1}{4}$ de agua mineral hirviendo.

Calentar ligeramente dos cocteleras. En una, disolver la miel con agua hirviendo; en la otra, disponer el whisky previamente calentado y encendido. Mientras flambea, pasar los ingredientes de un cuerpo a otro, deteniendo la bebida lo máximo en el aire. Si se hace en la penumbra –como Jerry acostumbraba– el asombro está garantizado.